



# *De un tiempo a esta parte*

por **Ainhoa del Barrio Lagándara**

**Premio 3º de Prosa, Categoría C, Concurso Cervantes 2008**

Aquella triste tarde otoñal fue la última vez que le vio. El viento agitaba sus cabellos como si de un antifaz se tratase, impidiéndole ver con claridad y por última vez aquellas finas facciones que tantas noches había vislumbrado en sueños, aquellas cuyos finos dedos habían recorrido tantas veces.

Sabía que pronto la vida la obligaría a olvidarse de él, como a tantas otras cosas. Le guardaría en un rincón de la memoria al que regresaría cada vez con menos frecuencia.

Pero esta vez no, esta vez no quería un recuerdo más, no quería una despedida definitiva. Se apartó los rizados que le impedían ver con claridad; notaba el escozor de sus ojos, el pulso le fallaba y el nudo de la garganta sólo le permitió susurrarle

al oído palabras que ni la vida, ni el tiempo, serían capaces de borrar. Sus ojos se encontraron por unos segundos; pudo leer en aquella agua marina el miedo, la desesperación, la derrota...

No tenía prisa, quería recordarlo todo, quería recordarle.

Sus labios se unieron por última vez. Ambos eran conscientes de ese último momento. Aquel no fue un beso que se asemejara a ninguno de los anteriores, ni siquiera fue un beso de despedida. Aquellos labios, aunque en silencio, se juraron volverse a encontrar. Quizá el tiempo les deterioraría y agrietaría, pero en aquella triste tarde de otoño prometieron esperar otro beso, tal vez, éste sí, definitivo.

Lo único que pidió para acostumbrarse a su ausencia fue tiempo. Semanas, meses e incluso años pasaron por sus ojos después de

aquella tarde adolescente, que alguna que otra noche acudía a su memoria antes de acostarse. De nuevo la habían derrotado, no había sido capaz de convertir a aquel muchacho en algo más que un triste recuerdo.

Al principio, ella sí escribía todas las semanas largas cartas donde le contaba cuánto le echaba de menos y le preguntaba por su nueva vida; sin embargo, la espera a esas cartas llegaba a demorarse incluso meses. Un día dejó de escribir, cansada, le mandó las piezas de sus sueños en una última carta y guardó en una caja los recuerdos que un día les pertenecieron.

Se puede decir que tiempo es lo que ha pasado desde entonces. Crecieron, vivieron, volvieron a enamorarse, les robaron los besos... él quiso encontrar una princesa; ella,

---

Ainhoa del Barrio Lagándara, alumna de 1º B de Bachillerato

alguien con quien volver a sentirse viva.

La vida la llevó lejos de su casa. Estudió ciencias en Londres; aprendió un nuevo idioma y se dio otra oportunidad. Se dejó en el viaje la niña que un día fue para comenzar desde el principio quien quería ser en realidad.

Pasaba las tardes sentada en un café observando la vida a través del vaho del líquido que removía. La gustaba perderse por la ciudad y descubrir rincones que solían pasar desapercibidos pero que, sin duda, tenían más encanto que los que estaban a la vista de todos. Había aprendido a apreciar las cosas banales.

La puerta de la cafetería se abrió y entró una joven con la melena alborotada por el temporal, protegía su garganta con una bonita bufanda que sin duda había sido cara. Pidió un té y esperó en la barra. Estaba esperando a alguien. Sus ojos no se apartaban de la pantalla del móvil en la que aparecía la hora y movía los dedos de forma impaciente. Intentó moldearse el pelo para que no tuviera un aspecto desaliñado y con suma delicadeza mezcló la leche con el té.

Muchas jóvenes de la ciudad eran como aquella. Largas melenas, movimientos sutiles y elegantes, maquillaje perfecto; todas ellas hijas de grandes empresarios capaces de gastarse millonadas descomunales en un bolso o en un modelo de pasarela. Eran auténticas princesas.

Desde donde se encontraba era capaz de seguir todos sus movimientos e incluso trató de imitar alguno, pero los suyos eran torpes y carecían de aquel encanto que ella les confería.

La puerta se abrió de nuevo y todo el aire que entró con ella ahogó su

respiración, comenzó a temblar y un sudor frío le empañó las manos. Podía estar soñando o imaginándose lo quizá. Los exámenes habían acabado hace poco y necesitaba descansar. Nunca pensó que el estrés pudiese hacerla ver cosas como aquella.

Retiró la mano rápidamente. Le estaba ardiendo y su cuerpo reaccionó de manera precoz ante el estímulo; había derramado el café cuando vio a aquel chico entrar en la cafetería. Esto fue lo que la hizo darse cuenta de que no estaba



soñando y de que el cansancio no estaba jugando con ella. Sin duda era él. Le miró disimuladamente pero con la máxima atención posible. Habían pasado años desde la última vez que le vio. Había crecido, el pelo le tenía mucho más oscuro y el gimnasio había moldeado su cuerpo. Pero sus ojos no habían cambiado, seguían teniendo ese color de mar en el que un día se sumergió y acabaron por enamorarla. ¿Pero qué hacía él allí?

Inmóvil en aquel lugar junto a la ventana, vio cómo se acercaba a la chica de la bufanda que llevaba minutos mirando y fue testigo del beso que ambos se regalaron. Un beso que le dolió en lo más profundo de su ser, un beso que le trajo a la memoria todo lo que ella creía que eran recuerdos. Volvía a ser una niña de 16 años, volvía a estar enamorada y sin quererlo volvió a aquella tarde de otoño de hace ya demasiado tiempo.

Una lágrima estaba a punto de surcar su mejilla. Apartó la mirada hacia el ventanal que tenía al lado y vio cómo las hojas se movían al compás del viento; ese viento que también trajo recuerdos.

Al mirar de nuevo se encontró con la mirada de él.

Toda la gente que estaba antes a su alrededor había desaparecido; oía sonidos lejanos e ininteligibles. Aquellos ojos la atraparon una vez más, en silencio la invitaban a bucear de nuevo en ellos. Sabía cómo hacerlo, tiempo atrás solía nadar en aquel mar para descubrir sus secretos, sus engaños y sus tempestades. Volvió a sumergirse de nuevo. Él no se lo impidió, al contrario, la ayudó a hacerlo.

No olvidaría nunca aquella sensación, el volver a sentir, el olvidar el vacío..., descubrió que él también había abandonado su niñez para comenzar una nueva vida, supo que ésta le había enseñado mucho más que a ella y que...

Buscó el amor, la pasión, el todo; pero no lo encontró. No desde la tarde que ambos recordaban como última. Al igual que ella, él también había creído que eso no eran más que recuerdos; recuerdos que dolían con su presencia.

La joven que estaba a su lado le llamó varias veces para que la ayudara a enfundarse de nuevo en el abrigo y así poder irse pronto. Él la sonrió y sujetó la prenda. Cogió de nuevo la fabulosa bufanda y mientras se la colocaba en torno al cuello, él miró de nuevo a la mesa del fondo junto a la ventana.

Seguía esperando aquellos ojos, en realidad, le seguía esperando.

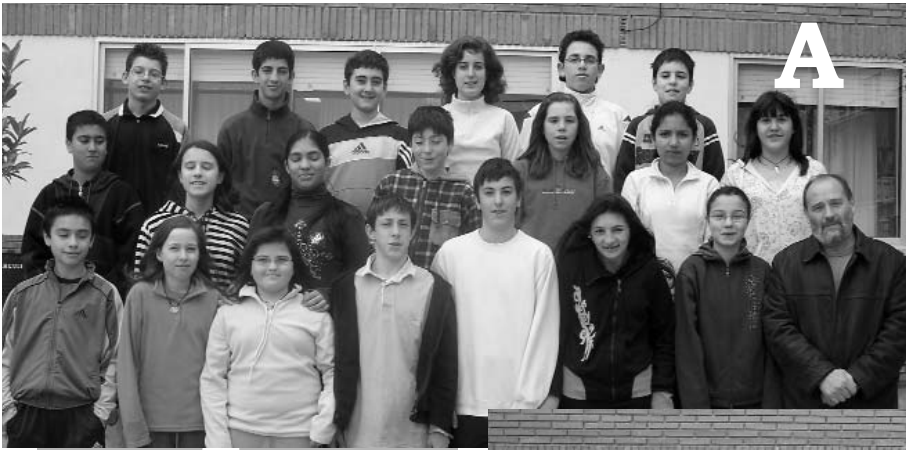
Fue en ese momento cuando ella le susurró al oído mientras la emoción hacía pesadas y difíciles las palabras. Él jamás olvidará lo que le dijo, por muchas vueltas que dé

la vida, ese momento sería sólo de ella y nunca lo olvidaría. Sus rostros se acercaron lentamente, volvieron a mirarse mientras sus labios se unían en uno sólo. Aquel beso tenía un sabor amargo, no era como ninguno de los que ya conocían; era un beso que quería recoger todo lo que les unía, todo lo que habían vivido, todo lo que significaban. Tenía que ser un beso de despedida.

Apartaron entonces las miradas y fue en ese preciso momento, en la cafetería de otro país y con una vida completamente nueva, cuando los dos se dijeron "adiós" para siempre. Una mirada había conseguido lo que un día prometieron que haría un beso. Juntos cerraron un capítulo que habían comenzado hace años y en el que la vida les había ayudado a poner fin.

Agacharon la mirada. Él cogió a la joven que le esperaba a su lado por la cintura y salieron de la cafetería; ella pagó el café y se dejó perder por la ciudad.





07-08

alu

7  
0



E.S.O.

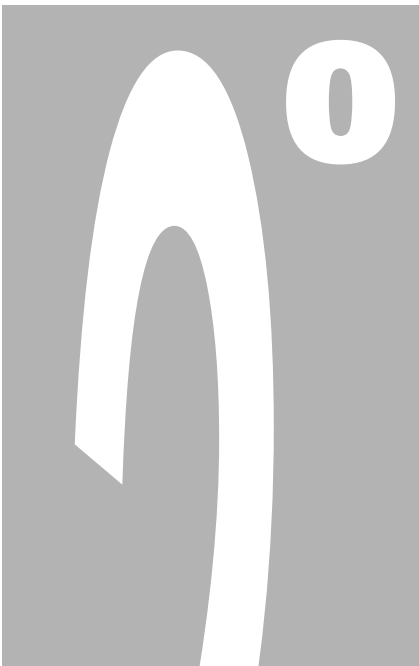
9  
1





07-08

alu



B



C

E.S.O.



07-08

alu



B



C

E.S.O.



D

07-08

alu



E.S.O.



BO  
A  
T

07-08

alu



B

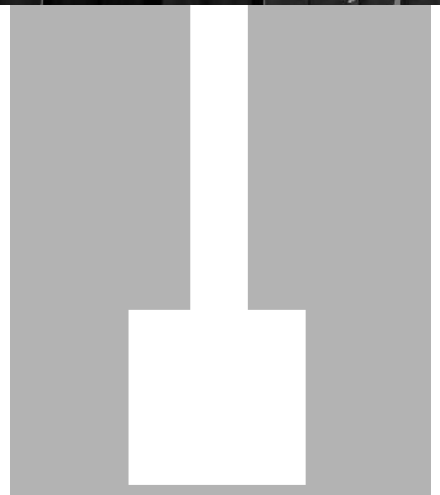


C

Bach.



D





07-08

alu



Bach.





# Diario de viaje con memoria, fotos y citas

por Luis González Santamaría

**D**ía 29 de febrero, 8,00 de la mañana. No suele ocurrir pero esta mañana los alumnos nos han recibido de pie y con una sonrisa fraterna por saludo. Parecen dispuestos a todo ya a primera hora. Sin embargo, la maravillosa escena no es fruto del sueño o del *síndrome del burn out* (sea, del profesor quemado). Suele ocurrir cuando el aula es sustituida por el espacio móvil de un autobús que nos conduce a algún sitio de esos que suelen llamarse de interés cultural. El instinto nómada habita en el interior de los jóvenes que parecen preferir la aventura del viaje al cierre de la mente entre libros y pizarras. En esta ocasión nos dirigimos a Madrid. Las asignaturas de Historia del Arte y CTS llevamos varios años desarrollando estas salidas interdisciplinares con los alumnos de 2º de bachillerato. Hoy visitaremos el Observatorio Astronómico Nacional y el Museo del Prado, además de caminar por ese espacio privilegiado que es el Retiro.

**Madrid, OAN. 11,00 horas.** Un joven becarío cordobés —especialis-

---

Luis González Santamaría, profesor del Departamento de Filosofía

ta en las etapas iniciales de la formación de estrellas— nos muestra el recinto del Observatorio Astronómico y el pequeño museo que se despliega dentro del hermoso Palacio de Juan de Villanueva. A la salida el amable astrónomo habla con los chicos de la carrera del científico. "*¿Cotiza el joven investigador a la seguridad social?*"

—preguntan los sandovalinos. El astrónomo reconoce que aún no tiene asegurado su futuro ni es el más rico de sus amigos. Sin embargo, lo que ha visto y vivido en sus años de doctorado es una experiencia formidable a la que muy pocos tienen acceso. Nuestros alumnos miran y escuchan escépticos. Me acordé, atendiendo al diálogo, de



Roy Batty el replicante protagonista de la película Blade Runner: "He visto cosas –dice Roy Batty– que vosotros no creeríais... atacar naves en llamas más allá de Orión; he visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir".

**Retiro, 13,00 horas.** Habíamos aleccionado a los alumnos sobre la historia y estructura arquitectónica del parque del Retiro. Dispuestos a hacer carne las explicaciones iniciamos nuestra travesía por los Jardines. Sin embargo, pronto nuestro objetivo cambió. Isabel –seguidora insobornable de Tim Burton– nos aseguró que la famosa escultura del Ángel Caído de Ricardo Bellver se encontraba –exactamente– a 666 metros sobre el nivel del mar. Además, en las cercanías de la escultura existía una inscripción de luciferinas alusiones. Yo llevaba en la carpeta unos textos de William Blake para ilustrar el paseo y promocionar la enseñanza bilingüe que dominará la escuela en pocos meses, pero el temor me paralizó. Siempre es mejor no invocar a las fuerzas que no nos invitaron a sus ontológicos banquetes...

*"And the original Arcángel, or posesor of the command of the heavenly host, is call'd the Devil or Satan, and his children are call'd Sin & Death"*

Por cierto, el Instituto Nacional de Meteorología nos dice que Madrid se encuentra a 655 metros de altitud. ¿Alcanza el Ángel caído con su dedo o sus alas el fatídico 666?

Nos fuimos hacia el Palacio de Cristal para que la luz filtrada por vidrios y ramas nos despejara. Una pareja, en los jardines, practicaba Tai Chi. Alguien quiso imitar sus



pulcros movimientos (con menos gracia). En el estanque algunos alumnos montaron en barca. Es posible que dentro de unos años ése sea el recuerdo que permanecerá en su memoria.

**Puerta Murillo, Museo del Prado, 15,30 horas.** Hace muchos años, cuando era estudiante de instituto, me llevaron al Prado y un amigo y yo hicimos lo que los alumnos nunca deben hacer: Separarse del grupo. Nos dirigimos como almas que guía el diablo a contemplar el Jardín de las Delicias de El Bosco. Pasábamos de Velázquez y Murillo. Allí nos tiramos nuestra buena media hora atendiendo a todos los detalles del alucinante paisaje en libre lectura. Los alumnos no deben nunca escaparse, lo sé, y pido disculpas (casi treinta años después) a mi profesor o profesora. Sin embargo, hay desobediencias que merecen la pena. Hoy hemos visto la obra de Hieronymus van Aeken sin necesidad de escaparnos y con un buen guía.

A las 18,00 horas estábamos en el autobús. Alguien había comprado unas zapatillas Victoria. Leo en la Web que están de moda. Me acuerdo de Marinetti: "Un coche de carreras con su capó adornado con gruesos tubos parecidos a serpientes de aliento explosivo... un automóvil rugiente, que parece correr sobre la ráfaga, es más bello que la Victoria de Samotracia". La zapatilla Victoria entró en el Museo.

**Fin.** El filósofo Wittgenstein decía de su libro Tractatus: "Mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece y de todo aquello que no he escrito. Y precisamente esa segunda parte es la importante". Los viajes de estudios deben tener claros sus objetivos y delimitados sus márgenes de trabajo. Sin embargo, detrás del viaje oficial hay otro que será el recordado y, por ello, dentro de unos años será el importante. Me gustaría que los alumnos tuvieran el deseo de contarnos esos viajes no escritos ni programados. Lo que quizá sea un fragmento de su memoria en el futuro. Ahí queda la invitación.